

lemnes fuman los jefes la pipa larga, entonan el antiguo canto de guerra, se adornan con la pluma de águila, calzan los mocasines, las medias de cuero y se ponen la chupa de pieles adornada con perlas.

Al fin llegamos delante de Montreal, la bonita ciudad con casas de piedra con techos de hoja de lata. ¡Gracias á Dios! El monótono ladrillo rojo desaparece allí y también la lengua inglesa. El cochero bien educado que acude á nosotros, habla un francés bajo normando, anticuado. Así debían expresarse en Normandía en tiempo de Luis XV. El diligente canadiense carga nuestro equipaje sobre el carreton, nos advierte que no olvidemos nuestro abrigo y nos guía á la fonda de Santiago Cartier. Se desearía permanecer largo tiempo entre aquellas amables gentes, que os preguntan con interés noticias de la *vieja Francia*, que consideran como su segunda patria.

Quebec, la antigua capital, dista un par de centenares de millas de Montreal; se va á ella por el río San Lorenzo ó por el ferro-carril. Los franceses que llegan á aquellas apartadas comarcas miran con emoción la antigua plaza fuerte, situada, como Brest, sobre una roca inexpugnable, y que construyeron atrevidos colonos, compatriotas suyos, hace doscientos sesenta y siete años. Sea en virtud del derecho de mayorazgo, que no defendemos, pero que obligaba á los hijos segundos á expatriarse; sea por otras razones, quizá por las facilidades más grandes ofrecidas á los inmigrantes, es lo cierto que los franceses tenían entónces más aptitud para colonizar que hoy.

Volvamos á los lagos y escojamos el más extenso y más curioso de todos, el Lago Superior, que es también el más lejano, y á cuyo alrededor no se ha extendido aún la civilización.

L. SIMONIN.

(Concluirá.)

(*Revue de Deux Mondes.*)

CRÍTICA LITERARIA.

LOS CUENTOS DE N. HAWTHORNE (1).

Tiene el cuento, entre todos los géneros literarios, títulos muy preferentes á la consideración pública, por lo mismo que, fingiendo modestísimos caracteres, llega en sus enseñanzas á donde no suelen alcanzar otras clases más elevadas de composiciones. El cuento, dirigido á la generalidad, necesita, sin embargo, revestir cualquiera de los

caracteres que hacen interesante su lectura, llamando unas veces á la fantasía, pintando otras las costumbres populares, ya fundándose en los hechos de la historia, ya, por último, utilizando el análisis psicológico y filosófico. Quitese al cuento, sobre todo, el atractivo de la forma, y resultará una composición lánguida é incapaz de despertar el menor interés. A esto se debe que, siendo muchos los autores, así nacionales como extranjeros, que cultivan el género, sean en muy contado número los que conquistan el público aplauso. En un principio, el cuento amoroso alcanzó inmensa boga, y Bocaccio en Italia y Lafontaine en Francia, elevaron en los suyos un monumento á las pasiones excesivamente humanas que fueron objeto de sus cantos; la fantasía alemana encontró luégo en Hoffmann un medio de manifestación literaria, y los hermanos Grimm vulgarizaron el cuento, dándole un carácter esencialmente popular. De la fantasía se pasó al análisis, de lo caprichoso á lo extravagante, y Edgard Poe encontró en el desórden de su vida el más poderoso elemento para un género nuevo, que estaba llamado á motivar infinitas imitaciones. En nuestra patria tenemos actualmente felicísimos narradores, bien llamen al sentimiento, como Fernán Caballero; bien simbolizen toda una literatura popular, como Antonio de Trucha; bien dominen el mundo fantástico y penetren en las regiones de lo extravagante, como José Fernández Bremon.

No es fácil, por lo tanto, excitar la atención pública con un nuevo tomo de cuentos, y al llegar á mis manos los que ha traducido el Sr. Juderías Bender, no puedo ménos de preguntarme con justo temor: ¿Responden á algo estos cuentos? ¿Ofrecen alguna novedad?

Afortunadamente para el traductor y los editores, los cuentos á que me refiero no pasarán desapercibidos, como tantas y tan infelices imitaciones de géneros más ó ménos acreditados. En los primeros de la colección, se exhibe un género casi nuevo, el género mitológico-burlesco, hábilmente manejado por Hawthorne. No es, como pudiera creerse, el género bufo, dominante en las modernas literaturas, sino la crítica intencionada, inteligente y festiva; la narración pintoresca de sucesos de la mitología pagana, aplicados en sus deducciones á los áridos problemas del presente; una lectura entretenida que, ni hace gala de sus enseñanzas, ni áun siquiera aparenta que tiende á ellas, y que, sin embargo, deja al desnudo preocupaciones de la sabia antigüedad, admitidas en gran número por las sociedades modernas.

He indicado que el género es casi nuevo, y no nuevo del todo, porque en la moderna literatura española hay felicísimas muestras del mismo, escritas por González de Tejada, Trueba, y áun no

(1) *Cuentos mitológicos*, traducidos por D. M. J. Bender. Un tomo en 8.º menor, Medina y Navarro, editores, Madrid, 1875.

recuerdo si algun otro; habiendo alimentado el segundo de dichos autores el propósito—de que ignoro si ha desistido,—de coleccionar sus investigaciones poéticas, realizadas en el campo de la mitología. Tan general fué la aceptacion que sus primeros trabajos lograron, que es fácil que muchos de los lectores de estas lineas reciten de memoria la tragedia amorosa de Leandro y Hero, que, si no recuerdo mal, decia asi:

I.

Tengo por mentira gorda
Ciertos amores livianos
Que cuentan los aldeanos
De las colinas de Acorda (1);
Pues tal historia de pega
Muestra en su contesto y tono,
Que la fabricó algun mono
Versado en fábula griega,
Haciendo asi el muy genizaro
Con intenciones infieles
Tragedias del ponto de Heles,
Tragedias del ponto de zaro;
Y toda duda se obvia
Sobre el plagio de aquel títere.
Con contar *ad pedem litere*
Lo de Leandro y su novia.

II.

Hero, larga de donaire,
Pero cortita de saya,
Bajó una tarde á la playa
Con la pantorrilla al aire;
Leandro, que en la otra orilla
Estaba plantando coles,
Dijo al verla:—«Caracoles,
Qué soberbia pantorrilla!»—
Y sin vergüenza ni empacho
Se empezaron á hacer gestos,
La muchacha desde Sestos,
Y desde Abydo el muchacho.
Tal amor creyendo tonto,
Leandro una noche dijo:
—«Vaya, esta noche de fijo
Paso á nado el Helesponto.»—
Y pensando pasar ratos
Muy buenos con su morena,
Pidió á su madre la cena,
Y en seguida ¡al agua, patos!
Pero aunque intentó mil veces,
Salir del golfo salobre,
En el golfo quedó el pobre
Para merienda de peces.

III.

Si no es infiel mi memoria,
Cuenta una historia tedesca,
Que, andando Platon de pesca,
Le refirieron la historia
De aquellos novios bodoques,
Y aquel mismísimo dia

Echó á volar su teoria
De mirame y no me toques;
Por lo que con razon pego
Al muy torpe y muy genizaro
Que atribuye á un fraile de Izaro
Amores de un pollo griego.

Verdad es que Trueba, en la anterior como en sus demas poestas mitológicas, se ha limitado á temas, que más tienen del epigrama que de la verdadera narracion, y que no ha desarrollado, como pudiera, los infinitos asuntos que pródiga ofrece la idólatra antigüedad: verdad es, igualmente, que otros escritores modernos han atacado al género con tan pueril temor, que no han sabido utilizar los grandes elementos que en sí lleva para agradar al público. Hawthorne, por el contrario, ha comprendido perfectamente el encanto que semejantes narraciones tendrían desde el momento en que se las prestase todo el desarrollo de que son susceptibles, y sus cuentos acreditan tal creencia. En *Los Argonautas* refiere las heróicas empresas de Jason, las pruebas que tuvo que verificar para conseguir el destronamiento del rey de Iolcos, el armamento y expedicion de *El Argos*, la proteccion de Medea al héroe, y finalmente, la conquista del Vellochino de oro, con cuya última hazaña debia recuperar el trono de sus mayores: en *Los Pigmeos* analiza cuidadosa y cómicamente la constitucion de su Estado y las guerras que sostenían con las grullas, la admirable contraposicion de dichos individuos respecto á su amigo y aliado el gigante Anteo, sus mutuas relaciones, la lucha del gigante con Hércules y la venganza que de éste último tratan los pigmeos de tomar, por haber causado la muerte de su amigo: en *El paraíso perdido* reseña el autor la candorosa curiosidad de Pandora, causa de la desdicha de su amigo Epimeteo, y, lo que es más grave, de la humanidad entera, por haber dado suelta á todos los pesares, malas pasiones, cuidados, enfermedades, infamias y malicias, aun cuando para luchar contra tantos enemigos, pudieron contar desde luégo con el apoyo de la esperanza: *El rey Midas* demuestra que las riquezas no constituyen la felicidad, y que el convertir en oro cuando se toca, ántes constituye un horrible tormento que una ventura cierta; y *Las tres manzanas de oro* recuerda una de las más grandes empresas de Hércules. La fábula mitológica ha sido en todos cuidadosamente conservada, si bien prestándola caracteres y detalles que redoblan su interes. Sus personajes llevan, de la manera más posible humanamente, el carácter semidivino que les prestó la crédula antigüedad, y las lecciones que de la accion se desprenden, revisten un concepto moral que favorece notoriamente las narraciones.

Los dos últimos cuentos que encierra la coleccion

(1) Acorda es un punto de la costa de Vizcaya, frente á la isla de Izaro, en la que hubo un convento de frailes franciscanos

se apartan del género de los anteriores; pero lo mismo el titulado *La vida es sueño*, que *Castillos en el aire*, suplen con su tendencia filosófica y con lo grato de su forma la falta del carácter que á los demas distingue. Acaso hubiera convenido, para dar unidad al libro, prescindir de ellos; pero la circunstancia de ser debidos al mismo autor y su indudable mérito, justifican la determinacion editorial de aumentar el volúmen en beneficio de los lectores.

Respecto á la traduccion española, aquí, donde tan escasas en número suelen ser las que merecen este nombre, el Sr. Juderías Bender es acreedor á los más sinceros elogios. Comprendiendo que la mision del traductor es algo más importante de lo que generalmente se cree, no se ha limitado á estudiar la equivalencia de palabras y frases, sino que ha seguido la intencion, el carácter y hasta las rarezas del autor; ha evitado cuidadosamente que la dición española sea una diáfana veladura que deje ver toda la trama del idioma originario; y, complaciéndose en seguir á los maestros del buen decir en nuestra lengua, ha realizado un trabajo eminentemente literario y que descubre en él un exceciente hablista. Tal vez en su profundo horror á ciertas traducciones ha ido demasiado léjos para evitarlas, presentando en su estilo sintomas de otra enfermedad no ménos temible, epidémica en ciertas sábias corporaciones: el arcaismo. Pero el contagio ha hecho pocos progresos todovía, el Sr. Bender está dotado de un excelente criterio; y no es dudoso que empleará todos los preservativos que la ciencia aconseja para evitar el peligro que le amenaza. Tambien se me antoja que en ocasiones ha tratado de introducir en los cuentos alusiones y referencias ajenas á ellos; pero los lectores le absolverán fácilmente de este pecado, en gracia de la intencion y del encanto que añade á la fábula.

Tal es mi desautorizada, pero sincera y leal, opinion respecto al libro que el señor Bender nos ha hecho conocer.

M. OSSORIO Y BERNARD.

MISCELÁNEA.

Etimología de la palabra «Usted».

Abro el *Diccionario* de la lengua castellana, publicado por la Academia Española, y leo:

«*Usted*.—Voz del tratamiento cortésano y familiar; es sincopa de *Vuestra Merced*.»

Esto dice el *Diccionario*, y esto dice la *Gramática* de la lengua castellana, publicada por la misma Academia, edicion de 1874. Y si abro la *Gramática* de Salvá, leo:

«La lengua castellana tiene un pronombre que le

es peculiar... Este pronombre es el *usted* en singular, y *ustedes* en plural (*Vd.* y *Vds.* por abreviatura), que siendo una contraccion de *vuestra merced* (*Vm.*), y *vuestras mercedes* (*Vms.*), que es como se usaba antiguamente, etc., etc.»

Lo propio dicen todas las *Gramáticas* y todos los *Diccionarios* de la lengua castellana que he tenido ocasion de consultar, y esta es la creencia generalmente aceptada respecto á la etimología de la palabra *Usted*.

Pues bien, la casualidad me deparó últimamente una *Gramática* de la lengua castellana, escrita en aleman por el doctor en filosofía F. Booch-Arkossy, y en ella, al ocuparse de los pronombres personales, dice lo que á continuacion se traduce respecto á la etimología de la palabra *Usted*:

«El profundo conocedor de los idiomas de origen latino, A. Fuchs, en su valiosa *Gramática Española*, publicada en Leipzig en 1837, así como Hammer-Purgstall, autoridad reconocida en la materia, en su «*Monografía de las palabras castellanas de origen arábigo*,» hacen provenir la palabra *Usted* de la voz árabe *Ustad*, que quiere decir *Señor*, y que, debido á la larga dominacion de los árabes en España, se ha ingertado en la lengua castellana como otras muchas. Aducen tales razones que la suposicion corriente de que la palabra *Usted* es una contraccion de *Vuestra merced*, aunque se aproxima mucho, es por lo tanto errónea.»

Los filólogos resolverán cuál de las dos etimologías es la verdadera.

S. F.

(*América ilustrada.*)

El Instituto americano, conocido bajo el nombre de *Smithsonian Institution*, ha emprendido últimamente una exploracion de que se esperan importantes resultados para la arqueología americana. Sabido es que en algunas de las islas de la costa meridional de California se han encontrado recuerdos muy interesantes de su ocupacion prehistórica por las tribus aborígenes del país: consisten esas reliquias en utensilios de piedra de gran variedad, adornos de conchas y de huesos, tazas de piedra, etc., etc., que forman una valiosa coleccion que ha obtenido el Museo nacional. Los trabajos de exploracion los llevará á cabo M. Paul Schumacher, quien salió de San Francisco á principios de Mayo con varios trabajadores, y conocido por sus labores de igual naturaleza en esas islas. La investigacion durará algunos meses, y sus resultados se espera sean tan interesantes en lo relativo á la arqueología americana, como los verificados en Chipre por Di Cesnola, y en Troya por Schliemann son para el Mundo Antiguo.